

Publicado el 8 de enero de 2009.

El placer es un cómplice desfalleciente¹

Para este encuentro, al que accedí venir con mucho gusto, primero porque es en la UNAM y como yo soy de la UAM, siempre me han quedado ganas de estar aquí, y por otro lado el tema sonaba muy atractivo, quería yo hablar de Bataille, sólo que se me fue haciendo cada vez más difícil, desde la pregunta que me molestó desde un principio: ¿Por qué se me ocurre Bataille en un congreso sobre perversiones, si Bataille no habla de perversiones, por más perverso que a veces parezca?

No es fácil hablar de Bataille. A mí me pasa que lo leo y digo, *exacto, así es, eso es todo*. Y ya, no hay nada más que decir (Herr... es lo que decían los turcos al doctor cuando alguien se iba a morir, no así cuando algo de lo sexual ya no funcionaba: Herr, sin eso la vida no vale la pena...) Esa articulación entre sexualidad y muerte, con lo que inicia Freud su *Psicopatología de la vida cotidiana*, sea tal vez una de las razones por las que hablar de Bataille es tan difícil, precisamente porque es tan psicopatológico y tan cotidiano.

Entonces voy a hablar de unas cuantas otras cosas para al final llegar a Bataille.

Lo que hoy se considera perverso, en otra época era costumbre y necesidad. Cuando le echamos un vistazo a los hábitos sexuales en la historia de la humanidad, nos encontramos con tantas variaciones y variedades que casi lo único que se repite, como notó Levi-Strauss, es la sanción. Es decir, no hay sexualidad libre, no hay nada salvaje en lo sexual humano.

¹ Tomado de Lacan, *Kant con Sade*, *Escritos 2*, p. 752

Publicado el 8 de enero de 2009.

El libro de Pascal Quignard, *El sexo y el espanto* hace un recorrido interesantísimo por una versión de la historia de la sexualidad tomando como eje de su estudio las pinturas eróticas que no podemos ver, las que se perdieron, de las que sólo hay algo escrito. Aunque tiene la carencia de no citar en ningún momento a Georges Bataille (aunque parezca muy difícil que no lo haya leído), pero otro que no lo cita es Lacan, aunque toda su propuesta de lo que él llama el goce tiene mucho que ver con el *Erotismo* de Bataille, aunque sea para disentir... será que Bataille, tratando de escribir para acercarse a algo imposible de decir, ¿se acercó demasiado?

Actualmente, decir perversión es pensar casi de inmediato en los pederastas. Y, por más odio u horror que nos merezcan, es importante darse la oportunidad, por lo menos en nuestro campo, el de la clínica, de pensar en ese asunto, como casi cualquiera, como un problema que nos provoca y nos cuestiona y no como algo ya resuelto.

Para Freud, la fantasía *Pegan a un niño* o *Un niño es azotado* (como han dicho algunos que sería una mejor traducción), está en el origen de la constitución subjetiva. Y aunque, en efecto, él sitúa esta imagen como algo en el origen de las perversiones, es necesario distinguir lo que Freud decía que era perverso y lo que actualmente nombramos con ese terrible título. Porque hay algo terrible en lo perverso.

Para Freud, perverso es lo que está en el fundamento de la pulsión. Para él, tomando en cuenta la increíble variedad de hábitos sexuales, se podía distinguir dos posibles vías: una era la de las perversiones y la otra la de las neurosis. Una la del acto otra la de la represión del acto y su secuela: la fantasía. Así nada más, al principio (y creo que esta idea atraviesa la obra de Freud) esta es la propuesta freudiana: siempre pensando con el tiempo retroactivo, es decir, para captar lo que pasó antes es necesario esperar a lo que irá a pasar después, si hubo represión habrá neurosis y si no entonces perversión. Incluso en el caso Schreber, para Freud la represión sigue siendo la operación que está en juego, sólo que de una manera diferente y con consecuencias también muy distintas.

Publicado el 8 de enero de 2009.

Yo creo que aunque nuestra forma de pensar y de leer haya cambiado, no habría que dejar a un lado esta indicación freudiana de que en el origen de la sexualidad humana no hay algo natural sino algo perverso.

Dice Quignard:

La pederastia griega era un rito de iniciación social. Mediante la sodomización ritual del *pais*, el espermatozoide del adulto le transmitía la virilidad al niño. El verbo griego para expresar la sodomía, *eispein*, es traducido literalmente por el latín *inspirare*.

O por ejemplo:

Ningún hombre, ninguna mujer podían desear al que era barbudo. Sólo el que era imberbe era hermoso.

El rito pederástico derivaba de la oposición en Grecia entre el gineceo y la *polis*. Quignard Pascal, *El sexo y el espanto*, pp.14-15)

Para nosotros, a diferencia de los griegos, la pederastia es uno de los crímenes más abominables que hay actualmente. Nos parece perfectamente obvio que el hecho de que un adulto desee y lleve al acto sus deseos sexuales con un niño o niña, es delito, pero lo que queda en la oscuridad es que esta idea de crimen supone a una víctima inocente y esto es negar (¿desmentir?) la sexualidad infantil. Y, al mismo tiempo, hemos reprimido, una vez más, los fantasmas perversos que acosan a cualquier buen neurótico que tiene niños (alumnos, hijos, etc.) a su cargo. De esto no queremos saber nada, como dice Serge André en su artículo *La significación de la pedofilia*. (<http://users.skynet.be/polis/index.html>)

¿Cómo sería para los niños griegos? Lo más probable es que ellos desearan ser *inspirados*, porque lo obvio y lo deseable y lo necesario para ser hombre era tener un maestro en todos los sentidos. Probablemente loco, en esa época, sería un niño que no quisiera lo que era lógico querer. O un hombre adulto, es decir, un

Publicado el 8 de enero de 2009.

barbudo, al que le gustaran las mujeres y no los niños, loca sería alguna mujer a la que se le ocurriera desear a un barbudo.

Al pasar de lo griego a lo romano, muchas cosas cambian, lo que queda estrictamente prohibido y considerado *infame* es la pasividad. Aunque no sin matices:

La pasividad es un crimen en un hombre libre de nacimiento; en un esclavo es un deber absoluto; en un liberto es un servicio que tiene el deber de hacerle a su patrón.

La sodomía y la “irrumación” son virtuosas; la felación y la pasividad anal son infames (...) *Fellare* es incomprensible para un romano (...) (Ibid. P. 15)

O en el campo de las mujeres, la *castitas*, que se traduce como castidad, su función era proteger la integridad de la casta, nada más y nada menos. Una matrona (mujer casada) tenía que estar segura de que si se embarazaba el padre era el marido, tanto que si era violada y no estaba embarazada era castigada (o autocastigada) con la muerte. Si estaba preñada y era violada, o tenía relaciones sexuales con otro u otros hombres, no había castigo. Esa castidad no era una cuestión de fidelidad al marido, porque la única fidelidad era la del hijo al padre, sino la protección del linaje.

Nada es menos casto que esa castidad. Una anécdota de Macrobio nos hace comprender la *castitas* (*Saturnales*, II, 5, 9). Se sorprendían ante Julia la mayor del increíble parecido que sus tres hijos tenían con su padre (Agrippa). Julia la mayor respondió: *Numquam enim nisi navi plena tollo vectorem* (No hubo pasajeros sino cuando la bodega está llena). La mujer preñada que se acopla es casta, porque permanece intacta en cuanto al linaje. (Quignard, p. 19)

La cuestión es que nunca deja de haber algo infame. No quiero con esto parecer culturalista, es decir, que una costumbre se vuelva norma y a partir de eso todos los sujetos la asumen como tal. Lo que hay entre un sujeto y su momento histórico, no es contingente sino constitutivo.

Publicado el 8 de enero de 2009.

Nosotros no somos ni griegos ni romanos, nuestros niños tampoco. Ni somos, ni nunca fuimos. Somos sujetos concebidos en este lugar y tiempo y, de eso, no tenemos escapatoria. Pero nada nos impide cuestionarnos acerca de lo que consideramos obvio y natural, es más, casi sería lo primero que hay que cuestionar, al menos desde la perspectiva freudiana, cuando alguien llega diciendo que tal cosa es obvia y natural es probable que se trate de algo muy oscuro y extraño.

Cuando avanzamos en el trabajo psicoanalítico, leyendo a Lacan, encontramos que la perversión es una estructura psíquica en la cual la constitución del inconsciente es diferente a la de la neurosis y distintas las dos a las psicosis. Psíquico es casi sinónimo de psicopatológico, esto se nota en el hecho, obvio (y por eso no lo demos por sentado) de que no hay una estructura psíquica llamada "normal".

Podemos también preguntarnos acerca de esto de considerarnos a todos enfermos, y también enfermos de qué. Por el momento a mí me gustaría decir que, en lugar de pensarlo desde una visión médica de salud y enfermedad, podemos pensar las estructuras psicopatológicas como los distintos estilos o modos que tenemos los sujetos de padecer y también de dar cuenta de ese padecimiento. El sufrimiento neurótico no es igual al sufrimiento psicótico ni al perverso.

Entonces, perversión es la estructura psíquica o psicopatológica en la cual algo del sufrimiento es repudiado o desmentido. En la cual lo infame u horrible es convertido en monumento, o bien, se construye un monumento justo en el sitio donde está lo horrible, pero no para taparlo y que nadie lo vea (lo cual es el estilo neurótico), sino para hacerlo tan enorme y grandioso que a nadie se le ocurra pensar que era horrible. Esta es la definición de fetiche en Freud: el monumento recordatorio al horror de la castración. Pero, sobre todo, perversión es un estilo en donde lo horrible se hace ley.

Si hay una estructura a la que llamamos perversa, es necesario distinguir entre lo contingente y variable y algo que, por lo mismo,

Publicado el 8 de enero de 2009.

llamamos estructural, o sea que está en los cimientos de la constitución de un sujeto. Me parece que es posible hablar de lo perverso como algo enfermo en el origen del ser humano como ente erótico, que se muestra en las distintas preferencias y posiciones sexuales y las dificultades para relacionarnos que esto acarrea y también podemos pensar la perversión como una estructura distinta que se distingue como una posición moral.

Freud llamó *castración* al sufrimiento. Decir esto es decir que todo padecer tiene un componente erótico. Y esta es una de las premisas fundamentales del psicoanálisis. Ya sin preguntarnos ni por qué, todos los que vivimos después de Freud, al menos en el mundo Occidental (al cual algunos consideran ya agonizante, pero la verdad es que quién sabe) damos por sentado que la castración provoca horror y que en términos generales, todo lo que tenga ese color de lo horrible hay que referirlo a la castración. ¿Por qué?

Parece ser que si la castración horroriza es porque es una consecuencia o posibilidad de un falo cortado. En Freud la castración va de la mano del Falo, son los dos elementos fundantes que se constituyen el uno al otro por su diferencia. La castración simbólica y la imaginaria, su fantasía, como amenaza o ya realizada, y el significante que aquí se localiza, es consecuencia de la teoría infantil del Falo Universal. Teoría infantil que, dice Freud, es el origen de toda teorización.

Pascal Quignard dice:

El deseo fascina. El fascinus es la palabra romana que significa el falo. Hay una piedra donde está esculpido un fascinus tosco que el escultor ha rodeado con estas palabras: *Hic habitat felicitas* (Aquí habita la felicidad) (Quignard, p. 43).

Un hombre (*homo*) no es un hombre (*vir*) sino cuando está en erección. La ausencia de vigor (de virtud) era la obsesión. De la concepción romana del amor los modernos han conservado el *taedium vitae* : el “hastío de la vida” que sigue al placer, la detumescencia del universo simbólico que acompaña la detumescencia fálica, la amargura que nace del abrazo y que nunca

Publicado el 8 de enero de 2009.

distingue el deseo del terror ligado a la *impotentia* súbita, involuntaria, hechizada, demoníaca. (Quignard, p. 44)

Nunca ha habido un Falo. Es decir, un pene que permanezca siempre erecto, y, sin embargo o, por lo tanto, la fantasía ha estado entre nosotros desde los inicios de lo humano. Bataille habla de las pinturas rupestres de las Cuevas de Lascaux (las primeras o de las primeras pinturas encontradas, tienen 30,000 años) en donde aparece una figura de un hombre muerto con un falo evidentemente erecto. Esta es la fantasía que nos atraviesa: el falo que no desfalleciera aún después de la muerte del hombre.

La impotencia (*languor*) es la obsesión romana y converge con el espanto. (...) Ovidio relata [una escena de impotencia en la cama con una mujer] Mi miembro adormecido como frotado con la fría cicuta, no me secundó. Yacía inerte, pura apariencia, peso inútil, a medio camino entre el cuerpo de un hombre y una sombra de los infiernos. (...) ¡La peor parte de mí mismo (*pars pésima nostri*), no tienes pudor! Traicionaste a tu dueño (*dominum*). (Quignard, p. 46-47)

El hombre no tiene el poder de permanecer erecto. Está condenado a la alternancia incomprensible e involuntaria de la *potentia* y la *impotentia*. Unas veces es pene y otras falo (*mentula* y *fascinus*). Razón por la cual el poder es el problema masculino por excelencia ya que es su fragilidad característica y la ansiedad que absorbe todas sus horas.

La eyaculación es una pérdida voluptuosa. Y la pérdida de la excitación que resulta de ella es una tristeza puesto que es el agotamiento de lo que brotaba. Sucede que no hay otra civilización que haya experimentado más esa tristeza que la civilización romana. Es cierto que la pérdida de semen puede mostrarse fecunda pero esa fecundidad nunca puede ser percibida como tal en el instante humillante del encogimiento y la retracción del *membrum virile* fuera de la *vulva*.

El *fascinus* desaparece dentro de la vulva y resurge como *mentula*.

Plutarco dice que el amuleto itifálico atrae la mirada del fascinador (*fascinator*) para impedirle que se fije sobre la víctima. (Quignard, p. 48)

De allí el increíble arsenal, nunca exhibido en los museos, de amuletos, de colgantes obscenos, cintos, collares, gnomos burlescos, todos de forma

Publicado el 8 de enero de 2009.

priápica, en oro, en marfil, en piedra, en bronce que constituyen lo esencial de lo desenterrado en las excavaciones arqueológicas. Los dedos mayores extendidos (*digitus impudicus*) el puño cerrado excepto el dedo mayor, *mesos dactylos*, apuntando hacia arriba era el insulto supremo) ETC... El cuerpo humano no presenta más que una parte singularmente tintineante, el pene del hombre y, en menor grado, el escroto, luego las mamas y las nalgas femeninas cuando están plenas de adiposidad. A este respecto lo que resulta afectado es la sexualidad humana en las partes que suscitan el deseo, es decir, en las partes que atestiguan el deseo mediante la vacilación. Son esas formas eminentemente signdas por metamorfosis, ubicadas en el límite del cuerpo, amenazando con caerse, las que de hecho son las más protegidas. (Quignard, p. 49)

Lacan dice en el seminario de la Angustia, que la angustia masculina se muestra como la pérdida de ese objeto falo precisamente porque si se pierde el falo lo que queda es el ser... es decir, que el falo es en este sentido romano de fascinus también un fascinum, el falo artificial, el amuleto que en su fascinante erección hace que el otro (o la otra), el partenaire sexual, como dice Lacan, se fije en eso, desee eso, para que no desee su ser, que no es algo que pueda darse a otro porque no es algo que nadie tenga.

El horror de la castración está puesto en ese pedazo de cuerpo que no parece ser del cuerpo, sino parece tener vida propia y que un hombre como Ovidio puede llamar en un momento de infinita rabia la peor parte de mí mismo (peor porque pudiendo ser la mejor falla), porque lo traiciona, a su dueño... el dueño no es el amo. Eso atestigua el falo.

Si todo esto tiene algún sentido, entonces, podemos pensar por aquí la perversión: el perverso es quien desmiente y/o repudia esta alternancia, no sólo la castración, sino que en la alternancia, en otras palabras, en ese riesgo de que eso se caiga, ahí se encuentra el deseo. Por eso mejor hace un monumento. Porque luego está el asunto de que más allá del falo, o, a pesar del falo, está esa otra vertiente, que Lacan llamó el goce de la mujer, pero que no es exclusivo de mujeres. Otra vez Quignard citando a Lucrecio y cómo hablan del amor como enfermedad y peste...

Publicado el 8 de enero de 2009.

Nadie apaga la llama con el incendio. La naturaleza se opone a ello. Es el único caso en que cuanto más poseemos, tanto más la posesión envuelve el ánimo con un terrible deseo (*dira cupidine*). Beber, comer, esos deseos se colman y el cuerpo absorbe más que la imagen del agua o la imagen del pan. Pero de la belleza de un rostro, el brillo de una tez, el cuerpo no puede absorber nada. Nada: come simulacros, esperanzas extremadamente livianas que el viento rapta. Como un hombre al que la sed devora en medio del sueño. En medio de su sueño ningún agua se le facilita. No recurre sino a imágenes de arroyos. Se encarniza en vano. Muere de sed en medio del torrente en que bebe. Así los amantes en el amor son juguetes de los simulacros de Venus. Finalmente sus cuerpos presienten la inminencia de la dicha (*gaudia*). Es el instante en que Venus va a sembrar el campo de la mujer. Hincan (*adfigunt*) ávidamente sus cuerpos. Unen sus salivas (*jungunt salivas*). Con la boca sólo aspiran el aire de los labios donde aplastan sus dientes. Es en vano. No pueden arrancar ninguna parcela de ese cuerpo. No pueden sumergir completamente sus cuerpos en un cuerpo. No pueden pasar completamente al otro cuerpo (*abriri in corpus corpore toto*). Por momentos se creería que eso es lo que quieren, tanto cierran con avidez en torno a ellos los lazos que los unen. Cuando por último los nervios ya no pueden contener el deseo que los tensa, cuando el deseo hace erupción (*erupit*), se produce una breve tregua. Por un breve momento, el violento ardor se calma. Y luego regresa la misma rabia (*rabies*), el mismo frenesí (*furor*). De nuevo buscan lo que anhelan. De nuevo se preguntan qué desean. Extraviados y ciegos, se consumen, atormentados por una invisible herida (*volnere caeco*). (Q p. 52-53)

Esta es la historia del poder del Falo y su contraparte, el dolor y el horror de la impotencia, pero la impotencia sobre todo frente a eso imposible de absorber del otro, de ese pedazo imposible y perdido, gracias al cual, en la fantasía, se podría lograr esa erección constante... con el precio de una búsqueda incesante del poder y sus consecuencias perversas: levantar los monumentos que borren los huecos de la herida.

Pero hay otra historia que cuenta cómo llegó Isis a sustituir a Venus.

Tres siglos después (...) Isis expulsa a Venus. Al devorar el imperio toda la superficie del mundo conocido, la religión integró las escenas mitológicas

Publicado el 8 de enero de 2009.

de las religiones de las diferentes provincias para reformular sin cesar la misma escena: Isis buscando en la tierra el falo de Osiris que ella misma ha cortado. Attis castrándose a sí mismo para Cibeles. (Q p. 55)

Esta diosa lunar, femenina, que protege a las mujeres del poder masculino... castrándolos, o sea cortando de tajo eso que de cualquier forma iba a caer... como grita un personaje femenino en el momento en que se sube encima del hombre erecto:

¡MATA AL QUE DEBE MORIR! (Q p. 49)

¿Quién puede *asumir* la castración? Creo que nadie. Hay 3 posturas básicas frente a ésta: represión: se registra, luego se olvida y siempre retorna; desmentida: se registra a manera de burla, es, se puede decir, un registro patito o corrupto; forclusión: no hay registro, o mejor, en el lugar del registro hay un hoyo.

La castración es horrible, no sólo como carencia o inminente pérdida, sino como un pedazo cortado, es decir, no es sólo falta de lo que tenemos que hablar, porque la falta no produce horror, produce deseo. El horror es producido por una mutilación. Y eso amputado puede imaginarse en la vagina como herida abierta y nunca cicatrizada del todo (¿no sangra cada 28 días?) o en otras imágenes que remitan a un pedazo cortado, un muñón, un diente que se cae, un ojo hundido. ¿Será porque ese pedazo mutilado, el que ya no existe ni está en ningún lugar, es representante del sujeto? Esta es una de las lecturas que puede hacerse del objeto a, que introduce Lacan.

Cada quien se identifica con el pedazo que ha sido cortado de uno mismo para tener lugar en el campo del Otro al que, por cierto, también le ha sido arrancado un pedazo para hacerle lugar al sujeto, sólo que ese pedacito no es recuperable, es decir, no hay reciprocidad, no es que lo que a mí me arrancaron pueda servir para completar al Otro (esta sería la idea del sacrificio), ni mucho menos viceversa. Ese pedazo no se puede ver en uno mismo porque la imagen especular –que es la única imagen a la que

Publicado el 8 de enero de 2009.

tenemos acceso, justamente es eso lo que oculta: lo que falta- pero a veces, por momentos puede verse en otro.

Como si, por ejemplo, al ver un muñón en otro, yo me pusiera ahí en ese sitio en donde no hay nada, pero tendría que haber... ahí me coloco, eso me llama, me fascina y por eso es horroroso. Si esto produce un fantasma, estaríamos en el campo de la neurosis, el fantasma es inconsciente y dirige al deseo (por algo el deseo espanta), pero si esto produce una escenificación y ese objeto mutilado, en lugar de ubicarse en el fantasma se convierte en instrumento de goce, o sea si yo me convierto en ese pedazo que a mí mismo me falta para que *se pueda gozar*, estamos en el campo de la perversión.

El perverso es quien está convencido del goce del Otro y lo convierte en su único fin, en ese sentido, el otro con minúscula (grande o chico) que tenga enfrente da exactamente igual porque no es un sujeto, es un medio para alcanzar un fin mucho más importante. Por eso, decía yo, es una posición moral, porque supone un saber sobre el bien y el mal. No importa si para bien o para mal ni de quién, el perverso sabe que el Otro goza y de este goce hace un Bien por sí mismo. Bien porque sí, en el sentido kantiano. Por eso ahí en donde todos ven que algo falta o falla o duele, el perverso construye su monumento.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando proponemos que en ese sitio de ese pedazo que ha sido cercenado *se goza*? Lo horroroso es eso. Que de eso gozamos, o ahí gozamos, o con eso ¿con qué? Con un pedazo perdido *se goza*. Insisto en el *se* porque el sujeto no goza como yo. No puede. Como yo se horroriza. Ello goza, dice Lacan. Esto, podríamos decir es perverso, pero es algo que constituye la sexualidad humana como perversa. Lo podemos encontrar en la clínica de las neurosis, de la psicosis, no sé si hay clínica de la perversión.

¿Y el perverso es el que no se horroriza? ¿El que goza de esto horrible? No, otra vez, ese es "cualquiera" que vaya un poquito más allá del principio de placer, o un poquito más allá del goce fálico.

¿Entonces?

Publicado el 8 de enero de 2009.

El perverso es, tal vez, el que construye de ese goce un discurso moral. Primero porque el goce es lo que no puede decirse. Dice Lacan que las palabras son una barrera *casí natural* para el goce. De manera más específica, lo que no se puede es decir sin perder algo de goce. Y tal vez, esto es lo perverso, el que supone que dice el goce sin que nada de ese goce se pierda. Para lograr esto no puede haber objeciones, por lo tanto el goce tiene que ser obligatorio.

Por eso Lacan articuló a Sade con Kant. Quien diga que es obligatorio gozar de determinada manera porque eso es lo que está bien, tal vez ese sea el perverso. Ah pero qué raro, porque ese discurso está encarnado en casi todos (llamados perversos o no) y es lo que solemos llamar *superyó*.

¿El superyó es perverso?

En *Pegan a un niño*, Freud habla de la sexualidad, sea neurótica o perversa, como *secuela*, o como un *fenómeno residual*... secuela de la sexualidad infantil, suena a que ésta es la enfermedad ¿no?

¿La sexualidad infantil es una enfermedad y sus secuelas son la neurosis, la psicosis o la perversión?

La fantasía de paliza y otras fijaciones perversas análogas sólo serían unos precipitados del complejo de Edipo, por así decir las cicatrices que el proceso deja tras su expiración. (Freud, *Pegan a un niño*, p. 190)

La sexualidad humana es una enfermedad o, si preferimos, una herida, la castración es solamente un dibujo de esta herida. Dice Bataille:

En la vida humana (...) la violencia sexual abre una llaga. Raramente la llaga vuelve a cerrarse por sí misma: es necesario cerrarla. (Bataille, *El erotismo*, p. 146)

Ahora bien, lo que Bataille llama la violencia sexual es la sexualidad, es decir, el erotismo incluye en su normalidad si es que eso significa algo todavía, algo violento. Algo se rompe cada vez que un sujeto es tomado por el deseo. Y porque eso se rompe y

Publicado el 8 de enero de 2009.

duele y, sobre todo, angustia, es que se reprime, desmiente y/o forcluye.

Porque la castración, como falta, como carencia, como algo que simplemente no está, no tendría por qué causar horror, en todo caso, provocaría tristeza... el horror trae digamos carne pegada, es, como dice Freud, secuela, cicatriz, un recuerdo de eso que se rompió, desgarró, o mutiló.

Bataille otra vez:

El ser en verdad se divide, su unidad se rompe, ya en el primer instante de la crisis sexual. En ese momento la vida pletórica de la carne topa con la resistencia del espíritu. Incluso el acuerdo aparente no es suficiente: la convulsión de la carne, más allá del consentimiento, solicita el silencio, solicita la ausencia del espíritu. El movimiento carnal es singularmente extraño a la vida humana: se desencadena fuera de ella, con la condición de que se calle, con la condición de que se ausente. El que se abandona a ese movimiento ya no es humano, es, a la manera de las bestias, una ciega violencia que se reduce al desencadenamiento, que disfruta de ser ciego, y de haber olvidado. Un interdicto vago y general se opone a la libertad de esa violencia, que conocemos menos por una información dada desde afuera, que, directamente, por una experiencia interior de su carácter inconciliable con nuestra humanidad fundamental. El interdicto general no está formulado. (Bataille, *El erotismo*, p. 147)

Esto puede sonar muy perverso, y, sin embargo, si de diagnosticar se tratara, habría que decir que es eminente y transparentemente neurótico. Es justamente el subrayado de esa división lo que duele. Esto es de lo que Freud empezó a hablar en sus *Tres Ensayos de teoría sexual*, de que la sexualidad humana, regida por esto que llamó pulsión y no por un instinto genéticamente heredado y comandado por la naturaleza, es perversa y polimorfa, la sexualidad infantil es enferma en este sentido y todo lo que sigue son secuelas de dicha enfermedad. No necesita ser incestuosa para estar enferma, no necesita tratarse de violaciones para ser violenta. Cuando Bataille distingue el erotismo, sólo humano, del apareamiento animal, y dice que el humano se hace bestia y pierde lo humano, esto es un recurso literario. Porque lo que distingue al erotismo humano es que se espanta de su propia sexualidad. Que

Publicado el 8 de enero de 2009.

su deseo, siendo lo único que lo hace vivir, lo horroriza. La enfermedad de la sexualidad infantil, de la que nadie se cura -sólo se cicatriza de peor o menos peor manera- no es el incesto, sino el hecho de que el incesto sea no sólo prohibido sino espantoso.

El mundo humano es el simbólico, claro anudado con lo imaginario y lo real, pero lo exclusivamente humano es el orden simbólico, que por más caótico, disparatado, equívoco y fallido que sea, es el mundo. Lo que queda fuera, *el desierto de lo real* (The Matrix), no es lo animal ni lo natural, sino algo horrible por estar desamarrado, por estar aislado y quedar perdido, sin referentes, sin lugar. Un sitio que no tiene lugar. Cuando se intenta imaginarlo o decir algo acerca de este sitio, sólo se puede como resto de algo ya destruido, como un lugar desolado, las ruinas que quedan después de que la destrucción pasó por ahí. Por eso también el muñón o la cuenca vacía espantan, porque no permiten olvidar que había algo ahí que ya fue arrancado.

Ese sitio que no tiene lugar, que ya no es humano, pero que no pertenece a ningún otro mundo posible es lo horroroso. Eso es lo que el discurso perverso cree poder decir. De ahí su poder. El poder perverso fascina al neurótico porque le ofrece hacer posible algo que es radicalmente imposible. Y además lo hace parecer bien fácil y benéfico.

Lo que distingue a la perversión como estructura es la operación por la cual funciona, que será llamada desmentida o repudio como lo propone Freud en el fetichismo. Es esta desmentida de la triste realidad de la madre castrada. Pero como Freud propone al fetiche es como un monumento recordatorio al horror de la castración, es decir, no es, de ninguna manera su olvido (de la castración), sino ese énfasis en lo horroroso. Lo que distingue al perverso, en mi opinión, no son sus prácticas sexuales, que pueden ser tímidas o criminales (pero las de los neuróticos y psicóticos también), sino el intento, es más, la afirmación de que esa llaga se puede cerrar por medio de un discurso moral, en otras palabras, que lo que está bien es cerrar la llaga.

Publicado el 8 de enero de 2009.

Eso que solicita la ausencia del espíritu, en el perverso se transforma en moral. Es tan aparentemente contradictorio como el último párrafo de Justine, del Marqués de Sade:

¡Oh vosotros que derramáis lágrimas sobre las desgracias de la Virtud; que compadecéis a la desdichada Justine: al excusar las escenas tal vez un poco fuertes que he tenido que pintar, ¡Ojalá podáis sacar de esta historia el mismo fruto que la Señora de Lorsange! ¡Ojalá podáis convenceros con ella de que la verdadera felicidad sólo se halla en el seno de la Virtud, y que si en los designios que nos corresponde desentrañar, Dios permite que sea perseguida en la tierra es para resarcirla en el Cielo mediante las más halagüeñas recompensas! (Marqués de Sade, Justine, p. 319)

Dice Freud que la conciencia de culpa es una *formación cicatricial*. ¿Cicatriz de qué herida? De la angustia. Lacan en su seminario dice que la angustia se *resuelve* en culpa. Lo cual no le resuelve nada al sujeto, sólo se lo pinta de otro color. O como me dijo alguien alguna vez, *la culpa pone en tus manos la catástrofe*. Y tal vez se puede entender así, el erotismo es angustiante, hacerlo culpable es una de las formas que puede tomar el asunto; otra forma es el discurso de la moral perversa, que no sólo tiene a la culpa como su arma principal, a ésta y al miedo, sino que se constituye como monumento. El monumento moral que desmiente el agujero doloroso de la horrible castración de no poder decir el goce. De gozar y no poder decir qué es eso.

La perversión cree que puede decir el goce. Y claro que como cree saber cómo se dice, cualquier otro, que no esté de acuerdo es para decirlo sin cuidado, por pendejo... el discurso perverso siempre tiene esa tonalidad, el otro no sólo es instrumento de goce etc etc., es un pendejo porque no sabe ni quiere saber lo que él sabe. Y no es saber gozar, porque para gozar no se necesita saber nada. Es saber decir el goce. En esa brecha que se abre entre el cuerpo y el espíritu (en palabras de Bataille), ahí está el saber perverso. Y siempre tiene una tonalidad moralizante, se trata de sacar al pobre neurótico y/o al psicótico, tanto de su ignorancia como de su inútil padecer.

Publicado el 8 de enero de 2009.

La fase que llama Freud intermedia de la fantasía de paliza, que es la inconsciente, es *masoquista y a esa va adherida la culpa*. ¿No es llamativo que la culpa se adhiera con tanta facilidad al masoquismo y no tanto al sadismo? Al menos en sus versiones fantasmáticas... será porque en la posición masoquista-pasiva el sujeto, entregado al goce, se pierde como sujeto (recordemos cómo la pasividad era lo prohibido en la Roma antigua). Es lo que Bataille dice que queda fuera de lo humano. En cambio, para sostener una posición activa es necesario seguir presente como sujeto. El erotismo pide la ausencia del espíritu para gozar pero ¿para hacer gozar?

El Bien, das Gute se nos impone en los mandatos que oímos dentro de nosotros como imperativo categórico o incondicional; se diferencia del *bien* o *bienestar: das wohl* –que es la ley del principio de placer- porque se propone en contra de todos los objetos que puedan aportar algún bien,

Así su peso no aparece sino por excluir, pulsión o sentimiento, todo aquello que puede padecer el sujeto en su interés por un objeto, lo que Kant por eso designa como “patológico”. (Lacan, *Kant con Sade*, p. 745)

En la *Filosofía del tocador* dice el panfleto que se encuentran:

desde el momento en que me concedéis el derecho de propiedad sobre el goce, este derecho es independiente de los efectos producidos por el goce; desde entonces da lo mismo que ese goce sea provechoso o perjudicial para la criatura que debe someterse a él. ¿No he probado ya que era legal forzar la voluntad de una mujer en este punto y que, tan pronto como inspira el deseo del goce, debía someterse a ese goce, abstracción hecha de cualquier sentimiento egoísta? (Sade, *Filosofía en el tocador*, p. 84)

quiero que el goce de todos los sexos y de todas las partes del cuerpo les sea permitido igual que a los hombres, y, bajo cláusula especial de entregarse así mismo a cuantos las deseen, es preciso que tengan la libertad de gozar igualmente de cuantos ellas crean dignos de satisfacerlas. (Ibid.)

Al destruir absolutamente todos los lazos del himeneo, de los placeres de la mujer no nacen más frutos que niños a los que el conocimiento de su padre les está totalmente prohibido, y con ello los medios de pertenecer sólo a

Publicado el 8 de enero de 2009.

una misma familia, en lugar de ser, como deben, hijos de la patria. (p. 85)

Si el lugar del padre es importante y lo sigue siendo, aunque sea en estos tiempos algo tan tambaleante y vacilante, incluso un lugar tan cuestionado –y con razón– como lugar de poder tiránico y arbitrario– es porque es la única vía que conocemos, hasta ahora, para que los hijos no sean sólo hijos de su madre. Esto es, para que las madres no tengamos todo el poder sobre los hijos. Y no es, de ninguna manera, porque los hombres sepan quieran o puedan hacerlo bien... es que es necesario su nombre (para nosotros en español, su apellido), el nombre que incluye a un hijo en el mundo, la ciudad, la polis, y lo saca del gineceo, ese lugar tan cómodo y acogedor como devorador.

Sexo encantador, serás libre; gozarás como los hombres de todos los placeres que la naturaleza te impone como un deber; no reprimirás ninguno. La parte más divina de la humanidad, ¿debe acaso recibir cadenas de la otra? ¡Ah, rompedlas, la naturaleza lo exige!; no tengáis más freno que vuestras inclinaciones, más leyes que vuestros deseos, más moral que la de la naturaleza; (Ib.)

Sade era feminista, parece, el problema es que este desenfreno tiene, por ejemplo las siguientes consecuencias:

Me atrevo a asegurar, en resumen, que el incesto debería ser la ley de todo gobierno cuya base fuera la fraternidad. ¿Cómo pudieron hombres razonables llevar el absurdo hasta el punto de creer que el goce de su madre, de su hermana o de su hija podría ser alguna vez criminal? ¿No es, os pregunto, abominable prejuicio considerar crimen el hecho de que un hombre estime en más para su goce el objeto al que el sentimiento de la naturaleza más le acerca? Equivaldría a decir que nos está prohibido amar demasiado a los individuos que la naturaleza más nos ordena que amemos, y que cuantas más inclinaciones nos hace sentir hacia un objeto, tanto más nos ordena al mismo tiempo que nos alejemos de él. Estas contradicciones son absurdas: sólo pueblos embrutecidos por la superstición pueden creerlas o adoptarlas. (p. 87)

Publicado el 8 de enero de 2009.

Es muy interesante ver cómo en el discurso sádico, literalmente, no es un decir... se haga alarde de este bien que se proporciona, por ejemplo a las mujeres, este alarde de equidad y de vuelta a la naturaleza, no es reciente.

Nos está prohibido amar demasiado a los individuos que la naturaleza más nos ordena que amemos, en efecto, claro que hay algo absurdo y ridículo en esa ley. Tan absurdo como la muerte, por ejemplo, que en *La interpretación de los sueños* pone Freud en su capítulo sobre *Los sueños absurdos*. No todo es razonable, hay contradicciones, el ridículo y la incongruencia nos conforman.

Lo más fácil, ante un discurso tan claramente provocador como el de Sade, es responder con objeciones morales, empezar diciendo qué mal y qué malo qué sería de nosotros si nos apegamos a esta filosofía sadiana.

Lo más difícil es decir algo que no incluya el bien y el mal.

En este discurso lo que se propone es: en cuanto aparezca el deseo eso es lo que hay que hacer obligatorio. En cuanto aparezca la escisión o la contradicción, ese *creo que sí quiero pero me asusta entonces no sé...* hay que volverlo deber. Lo perverso, me parece, es esta forma de hacer de lo que está en el campo del deseo, es decir, errático, equívoco, voluble, vulnerable, algo que por quedar ordenado y autorizado, precisamente, aplasta al deseo. Por esto mismo preguntaba arriba si ¿El superyó es perverso?

Su discurso moral, esa exigencia de una hiper-razón que vaya más allá de todo lo patológico, como dice Kant, justo al contrario del planteamiento del erotismo de Bataille –en quien hay una especie de entronización de lo patológico, ej:

Inaudito estado de nervios, irritación sin nombre: Amar a tal punto es estar enfermo (y me gusta estar enfermo). (Bataille, *Lo imposible*, La nave de los locos, p. 19).

Lo perverso no es el goce, esta especie de gusto por lo enfermo, sino afirmar que hay un solo goce que puede ordenarse entero dentro del campo de la razón:

Publicado el 8 de enero de 2009.

En la mira en que su división de sujeto le sea entera desde el Otro devuelta (Lacan, Kant con Sade, p. 753)

Si tenemos un pedazo perverso dentro de cada uno, tal vez eso explique algo. Aunque, otra vez, para hacer valer las diferencias (y no las semejanzas y no la igualdad y no la equidad), tal vez sea que el superyó funciona diferente en las distintas estructuras psicopatológicas.

Porque los neuróticos lo padecen por su crueldad e intentan pelearse contra él todo el tiempo, a los psicóticos les habla desde afuera a todo volumen y a todo color y casi nunca pueden objetarle nada, y los perversos, quizás, se alían con el superyó. Porque esa es la intención perversa: suturar la herida y borrar la cicatriz.

Para que esa máxima haga la ley, es preciso y suficiente que ante la prueba de tal razón pueda retenerse como universal por derecho lógico. Lo cual, recordémoslo de ese derecho, no quiere decir que se imponga a todos, sino que valga para todos los casos o, mejor dicho, que no valga en ningún caso si no vale en todo caso.

Esta prueba debe ser de razón (Kant con Sade, p. 746)

Lacan traduce o sintetiza el panfleto de la Filosofía del tocador en la siguiente máxima:

“Tengo derecho a gozar de tu cuerpo, puede decirme quienquiera, y ese derecho lo ejerceré, sin que ningún límite me detenga en el capricho de las exacciones que me venga en gana saciar en él. (p. 747-8)

Es ya un punto que anotarle a nuestra máxima el que pueda servir de paradigma de un enunciado que excluye como tal la reciprocidad.

Todo juicio sobre el orden infame que entronizaría nuestra máxima es pues indiferente en la materia, que es reconocerle o negarle el carácter de una regla aceptable como universal en moral, la moral reconocida desde Kant como una práctica incondicional de la razón. (p. 749)

Publicado el 8 de enero de 2009.

Bataille, aún en sus momentos más obscenos, como *La historia del ojo* (Los brazos de Lucas, Premia Editora, México, 1981), habla de cómo sus deseos se habían vuelto pesadillas al no poder dejar de pensar en:

La desintegración que el orgasmo provocaba en el rostro de la joven que sollozaba entre gritos horribles. (p. 45-46)

De los imprevisibles quanta con que tornasola el átomo amor-odio en la vecindad de la Cosa de donde el hombre emerge con un grito, lo que se experimenta, después de ciertos límites, no tiene nada que ver con aquello con que se sostiene el deseo en el fantasma que precisamente se constituye por esos límites. (parece de Bataille pero no!) (Lacan, Kant con Sade, p. 766)

Esto es el erotismo. La perversión no es traspasar los límites contruidos por el fantasma ya que hay también fantasma perverso, sino traducir ese grito (que es casi objeto y ya casi no significativo) en discurso, imperativo y fundamentalmente, moral.

La herida y la enfermedad, lo que puede llamarse horror o espanto, es parte característica del erotismo. Se puede decir así: *La desintegración que el orgasmo provoca*. En el colmo del placer el sujeto se desintegra como tal. De infinitas maneras, los humanos intentan re-integrar, tapar, suturar o, incluso, evitar de antemano, esta desintegración. Porque en esa historia (la del ojo), la joven que se desintegraba en el orgasmo a tal grado de desintegración que acabó encerrada en un manicomio... no había sido violada por otro más que por "ella misma", ella fue a encerrarse en un armario y ahí se masturbó hasta enloquecer, ¡el violador fue el deseo mismo!. La angustia tiene que ver con enloquecer, en ese sentido: no poder regresar a este ser supuestamente integrado –aunque escindido y frágil- o, en el caso masculino, perder el falo o el ser, que a veces es lo mismo: perder eso que te detiene sostiene y mantiene como sujeto (hombre o mujer).

Lo perverso no es gozar de la desintegración, sino hacer un discurso que la desmienta y la impida o hasta que la cure.

Publicado el 8 de enero de 2009.

El tiempo transcurrido desde que habíamos abandonado el mundo real, compuesto únicamente de personas vestidas, estaba tan lejos, que parecía fuera de nuestro alcance... (Bataille, H del ojo, p. 56)

Historia del ojo es mucho más una historia de angustia, que de obscenidad, es una clara descripción del erotismo angustiado, o de la angustia que está en el centro de lo erótico. O como dice Lacan, el objeto *a* es un objeto lleno de angustia.

La pregunta insidiosa es ¿y entonces cómo será que de eso, en eso y por eso gozamos?

Regresando a los antiguos vemos que en lugar de hablar de violencia o paz como opuestos se puede pensar en dos formas de violencia muy diferentes entre sí, entonces eran Marte y Venus o Eros y Psique. Una lleva a la guerra y la otra al encuentro sexual. La paz, en todo caso, llega después, es una tregua que sirve para que los humanos hagamos todo lo demás: pensar, crear, producir, criar hijos, etc. Somos humanos a partir de que tenemos conciencia de la desgarradura, dice Bataille. El erotismo es humano por eso y también por eso no puede excluir de su campo algo que duele. Perverso es lo que quiere y dice que puede suturar la desgarradura y hacerle cirugía estética para borrar la cicatriz.

En su último libro dice Bataille:

No digo que el erotismo sea el único remedio a la amenaza de la miseria, vinculada al incremento irracional de las riquezas. Mucho dista de ello. Pero, sin el cálculo de las diversas posibilidades de consumo opuestas a la guerra, de las que el placer erótico –consumo de energía al instante- es el modelo, seríamos incapaces de encontrar una salida que fundamentara la razón. (Bataille, *Las lágrimas de Eros*, Tusquets, p. 187, 194)

Yo, igual que Bataille, tampoco lo voy a decir.

www.encuentropsicoanalitico.com / Eventos y Seminarios / Memorias / Más allá de la Génesis de la Perversión. *Pegan a un Niño*, de Freud. Memorias del Primer Encuentro Internacional de Psicoanálisis

Publicado el 8 de enero de 2009.